



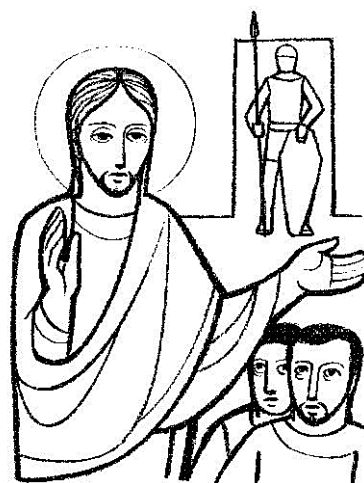
ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ



Domingo X Tiempo Ordinario

Ciclo B

9 de junio de 2024



I. Notas exegéticas

Con esta celebración reemprendemos el tiempo común u ordinario dominicalmente, y, por tanto, nuestra lectura continua de algunos textos, especialmente el Evangelio. Este camino iniciado hoy con el domingo X tendrá una continuidad hasta el domingo XVI; después habrá una sección con el Evangelio de san Juan (su capítulo 6) y el discurso del Pan de vida. Retomemos esta marcha.

Génesis 3,9-15

Pongo hostilidad entre tu descendencia y la descendencia de la mujer

La primera lectura es el relato de la primera tentación y aparición del pecado en el paraíso. La desnudez/vergüenza ante la presencia de Dios delata la desobediencia y la seducción-consentimiento de la tentación por comer del árbol prohibido.

La delegación de la culpabilidad de Adán a Eva y a la serpiente genera una sentencia que lleva a concientizar sobre las consecuencias del pecado por su involucramiento en el mal y en la acción pecadora misma. Con la pena de la mujer hay también una promesa de victoria y de protección; Dios cubre su desnudez y los expulsa del jardín. La “hostilidad entre la serpiente y la mujer” se hace imagen prototípica de la acción de Dios en María y su obediencia a la voluntad de Dios, como lo dirá San Pablo y después, con más reflexión, los Padres de la Iglesia que llamarán a María, la Nueva Eva. Ante la seducción y el pecado aparece la sentencia-juicio (consecuencia) pero, también la esperanza de redención.





Siempre se ha distinguido como elemento fundamental de todo lo comunicado en este relato el carácter y aspecto de desobediencia como ruptura con el querer de Dios, que propicia exigencia para la humanidad de fidelidad y una promesa divina de salvación ante el pecado.

Salmo 129

Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa

“De profundis” es la presentación emblemática de este salmo de súplica, utilizado por Israel en las ceremonias penitenciales comunitarias, particularmente en la fiesta de las Expiaciones. Antes de renovar la Alianza se ofrecían “sacrificios de expiación” en reparación por los pecados. Aunque su uso era fuertemente litúrgico y penitencial no se separa de ser una súplica muy personal, de esperanza vigilante que implora perdón, como un nuevo amanecer o una nueva oportunidad: la misericordia que es redención de parte de Dios y que brillará como aurora. Es oración confiada que se transforma en certeza de perdón.

El salmista conoce su indignidad, su miseria, su pecado; pero, también conoce la prontitud del perdón divino y la generosidad de su gracia, por lo que aguarda la visita del Señor con un deseo que le brota de lo más profundo de su ser. El salmista reconoce su condición pecadora como súplica consciente de su culpabilidad, implora misericordia como fuente de su redención no sólo para él sino para todo Israel, para toda la humanidad. En Dios solo hay amor y redención abundante si el Señor atiende a la súplica que quiere expiar las faltas de los hombres.

De la segunda carta del Apóstol San Pablo a los Corintios 2Co 4,13-5,1

Creemos y por eso hablamos

El apóstol ve necesario hacer una apología de su ministerio ante los corintios que ponen en duda su vocación y se escandalizan de manera particular de “fracasos y debilidades” como enviado de Dios. Pablo ha predicado la Palabra de Dios y es consciente de que lleva un tesoro inmerecido en vasija de barro (2Co 4,7). La gracia se muestra, por tanto, en medio de sus fragilidades, ya que la esperanza está puesta en la gloria de Cristo Resucitado, que renueva y construye nuestra humanidad, y que es invisible y eterna, pues la construye Dios mismo.





La confianza que tiene Pablo en el poder de Dios, que resucitó a Cristo, y la esperanza en que este mismo poder se manifieste abundantemente en la gloria eterna de los creyentes, le hacen considerar que las tribulaciones de hoy se pueden soportar con paciencia. La esperanza se funda en el espíritu de fe: "porque creemos, por eso hablamos" (alusión al Sal 116, 10). Esa esperanza late ya en nuestro interior como una primicia de todo lo que esperamos (cf. Rom 8, 18-39) y se apoya en la fe en la resurrección de Cristo que tiende hacia la vida eterna de todos los creyentes como renovación interior o como morada que se renueva por obra de Dios mismo. Pablo muestra así que su quehacer no es esfuerzo humano sino obra misma de Dios por Cristo resucitado. No es su autoridad sino el tesoro de gracia que procede de Dios.

Del Evangelio según San Marcos 3,20-35

Satanás está perdido

La proclamación del Evangelio de este domingo reúne tres perícopas (unidades literarias), todas ellas enlazadas desde el aspecto de la familiaridad y de la figura de la casa. A la par, está el cuestionamiento sobre la autoridad de Jesús para expulsar demonios. Detrás de esta sospecha, Jesús cuestiona a los escribas y los oyentes del sitio sobre la blasfemia contra el Espíritu Santo, contra la acción y el poder de Dios obrado por su gracia. Todos estos elementos se entretajan para presentar una narración anunciadora de cómo vivir en la voluntad de Dios.

Sobre los parientes hay que notar que lo mencionado con la casa (v.20) y el verso 21 (*su familia - los suyos*) en la acción complementaria que realizan (vinieron a llevárselo porque se decía que estaba fuera de sí) responde más bien a la acción de su parentela (*οι παρ αυτου*, "los que están al lado de él", "los suyos") para protegerlo, controlarlo y no comprometer su casa-familia por la fama que ya ha recaído en él.

Por contraste aparecen los escribas venidos de Jerusalén (que no son "de los suyos") con un juicio sobre su actuar. En una acción y gesto de maestro, Jesús reprocha en términos de organización o autoridad y de cercanía la incoherencia en la afirmación de los escribas que lo llaman "jefe de los demonios". En el paralelo "reino" —"casa o familia" divididas no se puede sobrevivir. Si se hablara de guerras internas hay desastre; con la imagen parabólica del saqueo a la *casa* de un hombre fuerte, Jesús marca la contundencia con que realiza tales acciones. Su actuar no puede proceder de un "espíritu inmundo" porque entonces no se entiende el actuar de Dios. De ahí que sentencie que se vuelve imperdonable la blasfemia contra el Espíritu Santo,





al considerar que no son acciones de Dios sino de otras realidades contrarias o maléficas que demuestran una actitud irreverente hacia la acción y fuerza del Espíritu Santo. No perdamos de vista lo insistido en toda la narración con la imagen de la “casa”, que enlaza a “los suyos”, su familia.

Aparece el v. 31 con la expresión “οι αδελφοι” (los hermanos) que no todas las veces está relacionada a una parentela familiar sanguínea, porque en muchas ocasiones se usa también de manera figurada. El juego de palabras y significados aparece bellamente expuesto aquí para que Jesús exprese quiénes de verdad “están de su lado”, quiénes son “los suyos”. La preposición griega “παρ” (a lado de - v.21) y el adverbio “εξω” (fuera de - v.31 y 32) jugarán un papel interesante en toda la conversación final del texto proclamado con la pregunta que propone Jesús: ¿Quiénes son mi madre y mis hermanos? La mirada circundante acompañada de la expresión “περι αυτον” (alrededor de él) dará y marcará la respuesta contundente. La familia, los suyos, los que están de su lado, los cercanos, son los que hacen la voluntad de Dios.

En una sociedad judía en la que las relaciones familiares son extraordinariamente importantes, la idea de formar parte de una familia espiritual, una casa donde está Dios y su poder, tenía el efecto de relativizar las otras relaciones y hacer que los discípulos y seguidores de Jesús evaluaran todo a la luz del criterio de la voluntad de Dios.





II. Pistas homiléticas

- *Llamados a la esperanza a pesar del pecado.* Dios ha creado al hombre para responder, mediante la fidelidad, a la iniciativa amorosa de Él. Y como libre que es puede ser infiel y traicionar su vocación. Eso es el pecado. Pero la experiencia que el hombre puede sacar de ese pecado es la esperanza, cuando descubre que la fuerza de la conversión sólo la puede encontrar en su Creador cuando se acoge a su misericordia redentora en su Hijo Jesucristo que nos muestra la voluntad de Dios.
- *La sinodalidad con Jesús se vive en hacer la Voluntad de Dios.* En la pregunta de Jesús sobre su familia y casa, hay algo más. No es el parentesco lo que importa, sino el coraje de la fe. Los discípulos que, con decisión a seguirle, se separan de la gente y aún de sus mismos parientes son los que constituyen la verdadera familia de Jesús. La fe y la voluntad de compartir la vida del Maestro es lo que constituye a la verdadera comunidad cristiana; no hay que apelar a más vínculos.
- *“Por tanto, amadísimos hermanos, atended a vosotros mismos: también vosotros sois miembros de Cristo, cuerpo de Cristo. Así lo afirma el Señor, de manera equivalente, cuando dice: Éstos son mi madre y mis hermanos. ¿Cómo seréis madre de Cristo? El que escucha y cumple la voluntad de mi Padre del cielo, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre. Podemos entender lo que significa aquí el calificativo que nos da Cristo de «hermanos» y «hermanas»: la herencia celestial es única, y, por tanto, Cristo, que siendo único no quiso estar solo, quiso que fuéramos herederos del Padre y coherederos suyos.* (San Agustín, Sermón 25).
- *La oración y la voluntad de Dios. “Considerad cómo [Jesucristo] nos enseña a ser humildes, haciéndonos ver que nuestra virtud no depende sólo de nuestro esfuerzo sino de la gracia de Dios. Él ordena a cada fiel que ora, que lo haga universalmente por toda la tierra. Porque no dice “Que tu voluntad se haga” en mí o en vosotros “sino en toda la tierra”: para que el error sea desterrado de ella, que la verdad reine en ella, que el vicio sea destruido en ella, que la virtud vuelva a florecer en ella y que la tierra ya no sea diferente del cielo”* (San Juan Crisóstomo, Homilía sobre Mateo 19, 5).





III. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Hermanos todos, bienvenidos a la celebración en el día del Señor. Como pueblo santo, congregado por el Espíritu, nos disponemos para celebrar la Palabra y la Eucaristía y para confiarle al Señor nuestras alegrías y anhelos. Que la fe común nos una como hermanos y nos transforme en discípulos misioneros que damos testimonio del amor y de la esperanza en Cristo. Celebremos con fe.

Monición a las lecturas

Las lecturas bíblicas que escucharemos nos llaman a reconocer en Cristo la fuente de toda esperanza humana, a pesar del pecado, y a descubrir que vivir según su voluntad significa mantenernos en la comunión con la Trinidad y entre nosotros. Escuchemos.





Oración de fieles

Presidente: Ahora, hermanos, reconociéndonos hijos amados de Dios, dirijamos nuestras súplicas al Padre todopoderoso, que en Cristo nos ha redimido y por el Espíritu nos ha santificado.

R/: *Mi alma espera en el Señor, espera en su palabra.*

1. Oremos por la Iglesia universal para que, fiel a las enseñanzas de Jesucristo, realice la voluntad divina para contribuir así a la construcción del reino de Dios en el mundo.
2. Oremos por los gobernantes de las naciones para que dirijan los pueblos con justicia y esperanza, despojándose de toda falsedad y vana gloria.
3. Oremos por nosotros, tantas veces afectados por el pecado y sus consecuencias, para que la fuerza del Espíritu y la unión con Cristo nos permita resistir a la tentación y vivir según el Señor.
4. Oremos por los grupos parroquiales para que el Espíritu derramado los afiance en la fe y los consolide en la misión encomendada.
5. Oremos por los enfermos y por todos los que sufren para que esta súplica confiada redunde en favor de ellos y para alabanza divina.

Presidente: Recibe, Padre, estas oraciones, Tú que nos diste la Palabra Viva, de quien viene la misericordia, la redención copiosa. Por Jesucristo, nuestro Señor.

